

pues, sobre esto, y si encontramos que nuestro corazon tiene mucho apego á las cosas de este mundo, reconozcámos por este signo que no suspirámos por la dicha de ver á Dios y gozarle, cómo hacia Simeon. Por consiguiente, excitémos en nosotros este deseo. Y para que no séa contrariado, ni ahogado, purguémos nuestro corazon de las afecciones y del apego á los falsos bienes de aquí bajo. Porque el deseo de ver y gozar á Dios es exclusivo de las afecciones humanas, y reciprocamente. Estas y aquel no pueden encontrarse, á la vez, en el mismo corazon. Es preciso, pues, que las afecciones terrestres cedan el puesto, todo el puesto, al deseo de ver y gozar á Dios. Porque si no deséamos ver ni gozar á Dios, cómo nos prepararemos? Y Dios, por su parte, cómo podrá querer mostrarse y darse á corazones que no habrán tenido deseo alguno de verle, ni de poseérle?

1. Vosotras tambien, hijas de Cristo, vosotras vivis en la expectacion, vosotras lo debeis por lo menos; sin esto, en vano os lisonjeariais de sér cristianas. Aquellos solos tienen derecho á esperar la corona de justicia, que, como escribe San Pablo, *quieren la venida de Cristo*, II. Tim. iv, 8, y, por consiguiente, le llaman y le esperan. Porque vosotras lo sabeis. El que hà venido yá, debe volver á venir todavia: una sola vez, pero una vez, para juzgar al mundo por quién él se hà dignado querer ser juzgado. Es que el Espiritu Santo no está con vosotras? Es que no teneis la gracia? Y á este Espiritu Santo que está en vosotras por la gracia, no le suplicais? No le preguntais? Es que su voz no responde nunca á la vuestra? Responde, por lo menos, por la Escritura y por la Santa Iglesia. Allí está la voz del Espiritu Santo y su palabra formal. Vosotras creéis, luego esperais á Cristo. No decís diariamente: *Vengános el tu reino?* Mat. iv, 10. El reino de Dios es el de Cristo. El vendrá, pues, cuándo esto? Nadie le sabe aquí bajo; pero él vendrá. Los impios gritan sin cesar: *No queremos que este reine sobre nosotros*; Luc. xix, 14; este insensato clamor no se interrumpe en la tierra. Qué impide este clamor, á escepcion de la salvacion de los que lo profieren? Nunca se le há lanzado tån furiosamente cómo en la hora en que el reino de Cristo iba á fundarse en la Cruz; y ahora se levantará tån to más fuerte cuánto la venida de Jesus estará menos lejana, y la inaugu-

Conclusion. — Vivir santamente, temer á Dios, deséar ardientemente verle y poseérle, tales son las tres principales lecciones que nos enseña, con el éjemplo de toda su vida, el venerable anciano

racion de su reino eterno más proxima. El odio tiene sus presentimientos cómo tiene sus furores, y los gritos de rabia son frecuentemente la expresion disfrazada de un terror secreto é invencible. No os fiéis en los dichos de los impios; facilmente, algunas veces, ellos mienten. Los que quieren hacernos temblar, tiemblan quizás yá hoy seguramente temblarán mañana, el reino de Cristo vendrá. *Verán al que han crucificado*, Apoc. i. 7 y que crucifican siempre. Su blasfemia acabará expiando en sus labios, ó mejor, cómo está escrito, entrandoles en la boca, Ps. cvi, 42; sus rodillas se doblarán á pesar suyo; y su lengua confesará que *Cristo está en la gloria del Padre*, y que es un solo Dios con él. Philip. ii, 11. Es lo que San Pablo llama *el fin*; I. Cor. xv, 24; es el reino soberano y divino de Jesus, el supremo *consuelo de Israel*. — Pero por de pronto y para cada uno, la venida de Cristo, es la muerte. Pues escuchad la *respuesta* que el Espiritu Santo os dá. No debeis *ver la muerte antes que vuestros ojos hayan visto la salvacion de l Señor*. Para Simeon, esta respuesta era una promesa; para vosotras es una ley. Qué quiere decir esto? Que vuestros ojos mortales pueden ver á Cristo? En su forma gloriosa, no ciertamente; pero bajo los velos en que está oculto, en los sacramentos en que está colocado, si podeis verlo, y desde entonces vosotras lo debeis. La gracia de Cristo está en la uncion con la cuál se unta á los enfermos; está él mismo sustancialmente en la divina Eucaristia. No debéis *ver la muerte* sin que vuestros ojos contemplen allí á vuestro Salvador. No lo contemplaréis solamente entonces, lo recibiréis. Simeon lo há recibido y tenido en sus brazos; vosotros lo recibiréis y lo guardaréis en vuestro corazon. Pero no murais sin eso; por favor, en nombre del cielo y de vuestra propia salvacion, no dejéis morir á nadie alrededor vuestro sin esta uncion sagrada, sin este viatico divino. — Considerád á Jesus cómo medico antes de tener que considerarle cómo juez; contempládle oculto bajo sus sombras antes de conteraplalr el temible brillo de su rostro. Dejádle venir á prepararos él mismo para este encuentro inevitable, conmovedor, decisivo, que se hace del alma con él más allá del tiempo. El, el amigo poderoso, el salvador y el Dios, no está de demás para

Simeon, de quién nos habla el Evangelio de este dia con tanta conplacencia. Imitémos tan saludable ejemplo, y como él, verémos

una obra semejante. En el templo, yó os lo decia, el niño, el pequeño, el debil, era él; en la muerte, el niño, el desarmado, el enfermo, seréis vosotras. Simeon cogió á Jesus en sus brazos; vosotras tendréis que pasar por sus manos de las cuáles há escrito San Pablo: *Es una cosa para estremecerse el caer en manos de Dios vivo*. Hebr. x, 34. No dice arrojarse y abandonarse cómo hacen *los* ^{los} *caer*; dice *caer*, lo cual es la suerte de los insurrectos. Para un suceso tan divino, preveniros divinamente. Quién menospreciará, y en un momento semejante, los medios que Dios mismo suministra, declarando que son necesarios, y habiendolos pagado y formado con su sangre? Es para hacernos miedo? Y miedo de qué, gran Dios? Miedo á la fuerza, cuando todo vigor nos abandona, y que se está absolutamente desfallecido! Miedo á la paz, cuando el enemigo nos asedia y hace todo para perdernos ó por lo menos, turbarnos! Miedo á la luz que no se apaga jamás, cuando nuestros ojos se ván á cerrar á claridades pasajeras! Miedo á la vida, cuando se vá á morir! Miedo á Aquel que lo es todo, cuando todo lo que no es él nos deja y nos abandona! Miedo á Dios, cuando se vá á Dios! Oh! no, no tengáis miedo. Jesus decia á los suyos: *No temáis, soy yo!* Luc, xxiv, 36. Meditad estas palabras: *Soy yo*. El cielo está en ellas en sustancia; y ningún corazon, si las há comprendido, no sabrá resistir. Ellas son, no solamente para alejar todo temor, sino para encender todos los deseos y precipitarse en el seno del que las dice. — No alejéis, pues, de vosotras estas gracias inestimables, yá de la Extrema-Uncion, yá del divino viatico, que si fuera necesario comprarlas, todo el oro del mundo no las pagaria. No las retardéis: la Extrema-Uncion no es el sacramento de los moribundos, sino de los enfermos; no esperéis, para pedirla, que no sepais apenas lo que haceis recibiendo. Defendédos de todas estas absurdas ilusiones y de estas odiosas timideces del mundo que, bajo el velo de la compasion, ocultan verdaderas barbaridades, y en que la malicia y la astucia del enfermo pueden mucho más que la debilidad de la carne y de la sangre. Desconfiad en esto de los medicos, de los parientes, de los amigos, de los servidores, de vosotras mismas. No escuchéis más que á la Iglesia y á la fé, y el Espiritu que está en vosotras, se encontrará tambien en estas horas su-

un dia al que habrémos deséado, y nuestros deseos serán colmados cómo lo fueron los suyos, no sobre la tierra, sino en el cielo. Así séa.

PURIFICACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

CUARTA INSTRUCCION

Simeon en el Templo.

I. — Por quién es conducido. — II. Lo que hace. — III. Lo que dice.

Sabéis, cristianos, que la fiesta de hoy no se llama solamente la Purificacion de la Santísima Virgen y la Présentation de nuestro Señor en el templo, sino que se la dá comunmente el nombre de *Candelaria*. Pero, de donde viene este nombre dado á la fiesta que celebrámos en este dia? Este nombre le es dado á causa de las *candelas* ó velas que se lleva en la procesion. Y de donde viene á su vez esta costumbre de llevar velas en la procesion de la festividad de la Purificacion de la Santísima Virgen y de la Présentation premas. La prudencia bastaria aquí á falta del amor. Pero amais á vuestro Salvador; y vuestro primer cuidado, vuestro más ardiente deseo, desde que el Espiritu Santo os dirá que se aproxima, será encontraros con él, y *no morir sin verle*. Tántas veces, durante vuestra vida, la Iglesia, vuestra madre, há pedido por vosotras esta gracia, y vosotras la habéis sin duda pedido con la Iglesia! Seguramente os acordais de ello; cuando Jesus sale de su tabernaculo para bendecir á las muchedumbres reunidas, se le canta esta dulce oracion: « Cuando llegará el momento del transito, del combate, de la crisis de la muerte, piadoso, dulce Jesus, Jesus, hijo de Maria, séd mi festin, mi fuerza y mis delicias! » Ant. *Ave verum*. Vosotras le llamaréis, y él vendrá. Cómo las virgenes prudentes del Evangelio, *vosotras iréis á su encuentro*, Mat. xxv, 6; le encontraréis; y entonces, llegada la hora, la hora de la tarde, la hora de las completas de vuestro dia terrestre, teniendo en vosotras á Jesus, alimentadas por él, llenas de él, sonreiréis á vuestro Padre celestial y le bendiciréis diciendo: *Ahora, oh! Señor, dejad ir en paz á vuestro servidor, porque sus ojos han visto vuestra salvacion*. (Gay. loc. cit.)